

Notas de andar y ver

Jesús J. Silva-Herzog Márquez

El *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, de Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Alvaro Vargas Llosa (Plaza y Janés, 1996), no es una crítica a la izquierda latinoamericana, es una burla. Como advierte Mario Vargas Llosa en la presentación del libro, se trata de un panfleto. Antes que el dardo de la precisión crítica, los autores lanzan jitomatazos y trompetillas al "idiota latinoamericano". Escrito como panfleto, el *Manual* no aspira en ningún renglón a la medida. Su propósito es otro: el pitorreo. Algunos pastelazos caen en el blanco y muestran —exhiben es mejor palabra— el patetismo de alguna izquierda. Así nos hacemos un poco cómplices de los autores cuando encueran el sentimentalismo, la flojera intelectual, la terquedad y, sobre todo, el victimismo de cierta izquierda. Cómo contener la risa frente a la justísima chunga de la "Biblia del idiota": el libro de Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, esa melcocha de la victimización latinoamericana. La telenovela del martirio americano en donde los villanos —los conquistadores, los ingleses, los gringos, los capitalistas locales— han jugado relevos para desangrar al Pueblo.

Hay también muchos *sketches* fallidos. Los espantapájaros que construyen para ridiculizar a "la" izquierda son de tal ligereza que neutralizan el veneno. La superficialidad esteriliza la ironía. A fin de cuentas, los autores han redactado el borrador de un Antiidiota que es tan nocivo como el Idiota que desprecian. Un nuevo espécimen ideológico que pretende nuestra salvación por medio de otro dogma. Ciegos a consideraciones de tiempo y de espacio, los autores pontifican que su receta vale para todo lugar y en cualquier circunstancia. Liberalismo que deja de dudar, liberalismo que deja de ser. Así, el discurso que empuñan Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Alvaro Vargas Llosa se parece menos al de Popper o Hayck que al de Rush Limbaugh, ese repulsivo bufón de la derecha norteamericana que aparece todas las noches en la televisión sacándole la lengua al presidente Clinton.

Pero aprovechemos el panfleto y hablemos de idiotas. Ambroce Bierce, en su *Diccionario del diablo* retrataba al idiota como el supremo legislador del mundo:

Idiota. s. El miembro de una gran y poderosa tribu cuya influencia en los eventos humanos ha sido siempre dominante y controladora. La influencia del Idiota no está confinada a ningún campo de pensamiento o acción, sino que se extiende al Todo. Tiene la última palabra en todo; su decisión es inapelable. Establece las modas de opinión y el gusto, dicta las limitaciones del lenguaje, fija las normas de la conducta.

Carlo Cipolla, profesor de historia económica en Berkeley advierte también el poder de este personaje. En un ensayo titulado "Las leyes fundamentales de la estupidez humana" llega a la conclusión de que hay un grupo dentro del género humano que es más poderoso que la mafia o la bomba atómica. "Se trata de un grupo no organizado, que no se rige por ninguna ley, que no tiene jefe, ni presidente, ni estatuto, pero que consigue, no obstante, actuar en perfecta sintonía, como si estuviese guiado por una mano invisible, de tal modo que las actividades de cada uno de sus miembros contribuyen poderosamente a reforzar y ampliar la eficacia de la actividad de todos los demás miembros". El ensayo está publicado en un librito muy recomendable titulado *Allegro ma non troppo*, de la Editorial Crítica, de Barcelona.

Cipolla entiende que el estúpido es una persona que causa un daño a otra sin obtener un provecho para sí o, incluso, obteniendo un perjuicio. A diferencia del inteligente que gana y genera ganancias a los demás, del malvado que gana haciendo perder al otro, o del incauto que permite que otro se beneficie a su costa, el estúpido fastidia y se perjudica. A partir de esta definición Cipolla explora las leyes que rigen la estupidez humana:

〈 *Siempre e inevitablemente cada uno de nosotros subestima el número de individuos estúpidos que circulan por el mundo.*

〈 *La probabilidad de que una persona determinada sea estúpida es independiente de cualquier otra característica de la misma persona.*

La estupidez es una "prerrogativa indiscriminada" de todos los hombres que no se vincula a la clase o a la raza. Por un misterioso proceder de la naturaleza, la estupidez se presenta con al misma frecuencia en cualquier grupo social. Independientemente de la educación o del ambiente social, la frecuencia de estupidez en todo grupo humano es constante:

〈 *Las personas no estúpidas subestiman siempre el potencial nocivo de las personas estúpidas. Los no estúpidos, en especial, olvidan constantemente que en cualquier momento y lugar, y en cualquier circunstancia, tratar y/o asociarse con individuos estúpidos se manifiesta infaliblemente como un costosísimo error.*

〈 *La persona estúpida es el tipo de persona más peligrosa que existe. El estúpido es más peligroso que el malvado.*

El estúpido, que nunca es consciente de su condición, es misteriosamente talentoso para echar a perder las cosas. Frente a él, ninguna defensa racional vale. Tratar de manipularlo es condenarse a la ruina. El poder de la estupidez, concluye Cipolla, es devastador y debe incluirse entre las grandes fuerzas que impiden la felicidad humana.

Los estúpidos tienen también sus defensores. Otro gran maestro de la ironía, Walter Bagehot, se encuentra entre ellos. Bagehot, banquero y editor de *The Economist*, autor del clásico *The English Constitution* que tanto influyó en el pensamiento de Emilio Rabasa, apreciaba en uno de sus escritos el valor de la estupidez en el ecosistema de la democracia. En sus cartas sobre el golpe de Estado en Francia, escritas en 1852, anotaba: "Me temo que se reirá cuando le diga cuál es a mi juicio la condición mental de un pueblo libre cuya libertad ha de ser progresiva, permanente y extendida: es mucha *estupidez*". Roma, el gran pueblo político de la historia se caracterizó, según el economista inglés, por una inteligencia más bien opaca. "¿Cuál es la historia de su mente especulativa? Un vacío. ¿Cuál es su literatura? Una copia". "No necesito decir —agregaba Bagehot— que en materia de verdadera y sólida estupidez los ingleses no tienen rival". Es que, según el ensayista, lo que llamamos oprobiosamente estupidez es el recurso favorito de la naturaleza para estabilizar las sociedades en costumbres y ritos en los que descansa la libertad. La inteligencia, en cambio, es corrosiva, rebelde, anárquica.

Y, finalmente, una recomendación bibliográfica sobre el tema. Un librito de Ross y Kathryn Petras, *The 776 Stupidest Things Ever Said* (Doubleday, Nueva York, 1993). Un pequeño compendio de tonterías dichas por periodistas, políticos, deportistas y demás famosos, entre los que destacan, por supuesto, Ronald Reagan y Dan Quayle. Entre mis citas favoritas está la del senador Roman Hruska al defender a un candidato de Nixon para ocupar un asiento en la Suprema Corte de Justicia. Al aspirante se la acusaba de ser un tipo mediocre. El senador responde: "Incluso si fuera mediocre, hay muchos jueces mediocres y personas y abogados mediocres. ¿No tienen ellos el derecho a cierta representación en la Corte?"